

# El Cuenta Gotas

III Premio  
DE NARRATIVA  
Infantil

2013



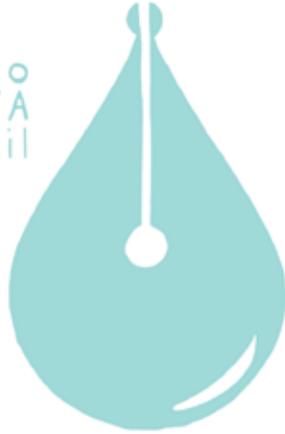


GANADOR

*Relatos H<sub>2</sub>O. Historias  
de la bañera*

Noemí Camblor Faza

III Premio  
DE NARRATIVA  
Infantil



# El Cuento Gotas

ACCÉSIT

*¿Qué cuento quieres?*

María Aroca Hernández-Ros

*Yerbabuena*

José A. Ramírez Lozano

*El truco de los grifos*

Rut de las Heras Bretín

*El señor del agua*

Alber Sabanoglu Segura

JURADO

Victoria Chapa Eulate

Cecilia Gandarias Tena

Ray Loriga

Cristian Ruiz Orfila



FUNDACIÓN CANAL  
Canal de Isabel II



ILUSTRACIONES

Patricia Metola



La Fundación Canal convocó en mayo de 2013 el III Premio Internacional de Narrativa Infantil El Cuentagotas con el fin de impulsar la creación literaria y el gusto por la lectura a través de obras de calidad que fomenten el respeto al medio ambiente en general y al agua en particular, fiel a su misión de fomentar la cultura del agua.

La infancia es una etapa clave en la educación y el desarrollo de los individuos, por lo que promover la sensibilidad cultural y medioambiental es una inversión a futuro y una prioridad para la Fundación. El Cuentagotas aúna ambos propósitos al centrar su premio en relatos cortos, escritos en español, dirigidos a menores de entre ocho y doce años, y con el agua dulce como protagonista.

Un jurado especializado en literatura infantil es el encargado de elegir un manuscrito ganador y cuatro accésit. Con motivo del Día Mundial de la Infancia, la Fundación presenta esta publicación en papel y también en formato electrónico, con los cinco relatos premiados, que llegarán gratuitamente a todos los centros de enseñanza, bibliotecas y centros culturales de la Comunidad de Madrid, y con la posibilidad de descargarse la publicación desde la página web de la Fundación.

Con el deseo de que El Cuentagotas sea fuente de inspiración y entretenimiento familiar, queremos animarles a que se descarguen su ejemplar, lo difundan y hagan suyo nuestro lema «El agua es cosa de todos».

Fundación Canal

Noviembre 2013



7

*Relatos H<sub>2</sub>O. Historias  
de la bañera*

Noemí Camblor Faza

17

*¿Qué cuento quieres?*

María Aroca Hernández-Ros

23

*Yerbabuena*

José A. Ramírez Lozano

27

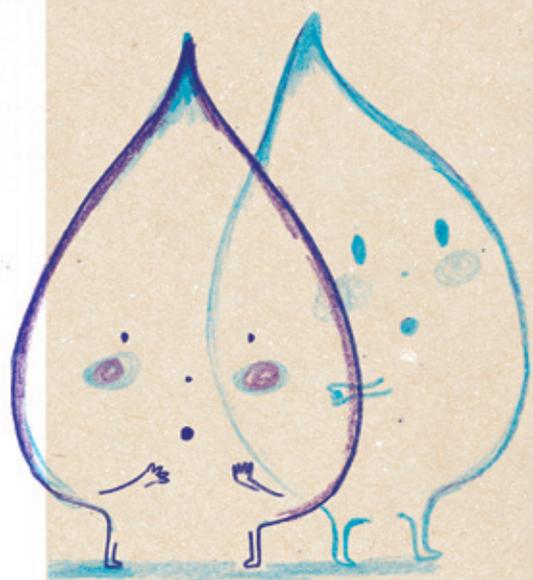
*El truco de los grifos*

Rut de las Heras Bretín

37

*El señor del agua*

Alber Sabanoglu Segura



*Relatos H<sub>2</sub>O.*  
*Historias de la bañera*

Noemí Camblor Faza

La misión de aquella noche había empezado francamente mal. Todo estaba fuera de control pero nada se podía hacer mientras ninguna de ellas reconociera que había metido la pata.

—Ten más cuidado, ¿quieres?— Chirigota reprendía a su compañera, Agotada, mientras ambas se afanaban en mantener el equilibrio sobre la cima de la enorme torre de agua formada por millones de gotas a quienes también les había tocado cubrir el turno de noche o lo que era lo mismo, el baño diario de Jaime.

—Pero ¿qué dices?— la gota Agotada protestaba sorprendida ante las críticas.

—No ves un carajo. Mira, los ojitos de Jaime están rojos como un pimiento y todo el mundo sabe que eso ocurre cuando se le mete jabón, de lo que se desprende que la Comandante del Destacamento de Aclarado ha hecho una buena pifia ¡Anda! Pero si esa eres tú ¡Qué casualidad!—ironizaba Chirigota.

—Y... ¿No será más bien, queridísima Comandante de la Unidad de Producción de Espuma, que habéis sido vosotras las que

habéis provocado una montaña incontrolable de pompas de jabón?— se defendía Agotada.

—¿Me estás diciendo cómo he de hacer mi trabajo? —Chirigota subía la voz por encima del torrencial sonido del desagüe.

—Ándate con mucho ojo porque...—Chirigota enervada de ira alzaba el dedo amenazante ante la cara de su enemiga quien para su enorme sorpresa, no le prestaba ninguna atención.

—Se han ido...—murmuró Agotada.

—Se ha ido Jaime y... ¡Se han ido todas las gotas de agua menos nosotras!

Las dos gotas quedaron paralizadas: ¿cómo podían haber perdido tanto tiempo discutiendo para no darse cuenta de que el baño de Jaime había terminado y todas sus compañeras vuelto a casa?, ¿cómo volver a casa sin el magnífico chorro de agua que al meterse por las tuberías iba dejando cada gota en su cuartelillo en donde les esperaban una cena caliente y una cama recién hecha? Las palabras del instructor retumbaban ahora a sus cabezas: «¡Recordad valientes! Pase lo que pase, nunca os separéis ¡Manteneos unidas gotas y todo irá bien! De lo contrario, tendréis problemas».

—¡Estamos perdidas! ¡Jamás volveremos al calor del cuartel! ¡Nunca más me pondré hasta arriba de natillas de chocolate! Y lo que aún es peor: ¡Jamás podré usar mi entrada para el concierto de Justin Bieber y me costó una pasta! ¡Justin, te amo! ¡Justin! —berreó sin pausa Chirigota con la mirada puesta en el cielo y las manos en el corazón.

—¡Cállate ya! —se desesperó Agotada— ¿Pero quién eres tú?, ¿una gallina, un oso amoroso o una gota soldado? ¡Maldita sea! Deja de lloriquear y levanta la barbilla ¡Volveremos con los nuestros aunque sea lo último que hagamos!

Tras un segundo de silencio, Chirigota explotó a llorar:

—¡Voy a moriiiiiiir, no quiero moriiiiir! ¡Quiero ir con mamuchi!

Agotada estaba alucinando. Ya sabía que Chirigota era una gota mal encarada, engreída y caprichosa pero jamás habría sospechado lo que ahora se hacía cristalino: ¡Chirigota era una cobarde! Tras superar la vergüenza ajena, Agotada decidió cambiar de estrategia intentando consolar tiernamente a la que resultara ser la más endeble de los soldados.

Una vez Chirigota hubo superado el berrinche y tras sonarse los mocos estrepitosamente, ambas gotas emprendieron la marcha hacia el desagüe de la bañera. Cuando llegaron, Chirigota se asomó a la boca de la tubería no pudiendo evitar mantener cerrada la suya:

—¡Está súper-oscuro! Yo ahí, paso de entrar —advirtió a su compañera quien tras alzar la mirada al cielo dándose unos segundos para armarse de paciencia, le indicó con un golpecito en la frente que encendiera la potente luz que ambas llevaban insertadas en el casco de maniobras.

Pasaron horas de caminata desagüe abajo sin pronunciar una palabra. El silencio las mantenía alerta de los cientos de peligros que se escondían en ese inframundo, pues eran muchas las leyendas de paños absorbentes que acechaban en la oscuridad de las cañerías y atrapaban eternamente a las gotas que en ellas caían; o fétidas historias de asquerosos monstruos salvajes aquejados de hidrofobia que además de ser malévolos, olían a caca.

De repente, una profunda voz las interrogaba desde el fondo de la oscuridad:

—¿Quiénes sois?

Chirigota solo acertó a ponerse detrás de Agotada susurrándole al oído:

—Me acabo de hacer pis encima.

Entonces, la vieron. Era mucho más horrible de lo que jamás hubieran imaginado. Los dientes de Chirigota se pusieron a castañear sonoramente.

—¿Qué os pasa? No imaginé que fuerais tan caguetas siendo un par de soldados porque eso es lo que sois, ¿verdad? ¡Parece que nunca habéis visto una rata! —argumentaba el gordo y peludo bicho —No temáis, sólo soy uno de los habitantes que hay bajo las alcantarillas de Madrid. Será mejor que os lleve a mi casa, parece que necesitáis una sopa bien caliente.

La verdad era que las palabras del roedor sonaban sinceras; además, las desorientadas gotas necesitaban un poco de descanso. Finalmente, sin mucho remilgo aceptaron. Aunque el camino no fue fácil:

—¡Puf! Esto es mucho, ¿eh? Creo que voy a echar la pota—soltó Agotada sin querer.

—¿Estás enferma?—se interesó inmediatamente la anfitriona.

—No... Es que... Es que te canta el ala mogollón ¿Hace cuánto que no te duchas? —contestó la otra muerta de asco.

—Hará tres semanas. El jabón no es de lo que más abunda en las alcantarillas —respondió la rata, comprobando con su hocico su propia pestilencia.

Las dos gotas estaban exhaustas y viéndolo Rácana, que así se llamaba la rata, insistió en que pasaran la noche en su guarida, lugar que aunque también olía a culo de macaco, era bastante calentito y acogedor.

Rácana se despertó por los gritos de Chirigota que corría por la casa de un lado a otro con los ojos desencajados, gritando como poseída por el espíritu de Lady Gaga:



—No está, no está, no está... ¡No está! ¡Se ha ido! ¡No está! ¡Arggg!

—¡Para, para, para! —la rata intentaba tranquilizarla. —¿Quién no está? ¡Deja de hiperventilar que pareces agua oxigenada!

—¿Quién va a ser? ¡Agotada! —lloraba Chirigota.

—¡Ah! Chirigota se habrá ido sola a buscar el camino a casa —opinaba Rácana con todo el tacto que podía, no queriendo herir a su invitada.

—Oye, no os llevabais bien, eso era evidente hasta para una rata medio cegata. Creo que tu compañera se ha hartado y sencillamente, se ha ido sola.

—¿Tú crees? —Chirigota se quedó planchada. Su nueva compañera tenía parte de razón. Entre ellas siempre hubo mucha rivalidad y tampoco era del todo mentira que desde que la aventura comenzara, se había comportado como un poco infantil, algo cobarde y un pelín gritona.... Sí, era probable que Agotada se hubiera cansado de ella.

Olvidado ya el asunto, al menos por Rácana, planearon la vuelta a casa durante el desayuno. La rata guiaría a Chirigota por las alcantarillas hasta La Cibeles, puesto que allí debajo sabía de un par de corrientes de aire, una muy fría pero otra muy caliente, que estaban abiertas a la superficie. Una vez llegaran allí, Chirigota se pondría en la corriente caliente para calentarse hasta su evaporación y así, salir al exterior en estado gaseoso y poder localizar desde el aire la casa de Jaime, su casa.

Dicho y hecho. Pronto se pusieron en camino. Iban amenizando la caminata contándose cosas de su vida: logros profesionales, objetivos personales y algún que otro fracaso amoroso. Rácana era uno de esos bichos que no se callaban ni debajo del agua, así que



Chirigota no hacía más que oír las historias que la otra le contaba pero siempre atenta a su espalda de donde provenían unos ruidos nada tranquilizadores.

—¡Tranquila! Todo es normal. Caminamos bajo la ciudad así que hay diferentes sonidos provenientes de todas partes pero ninguno indica peligro para nosotras —aseguraba Rácana al llegar por fin al punto señalado, cerca de La Cibeles, ahí en donde estaban las dos corrientes de aire.

—O al menos, no son peligro alguno para mí... —concluyó la fea rata alzando una risa que se iba convirtiendo en carcajadas aterradoras.

Chirigota estaba desconcertada ¿Qué estaba ocurriendo? Lo entendió inmediatamente, en cuanto se vio rodeada por una enorme jauría de ratas, una de ellas portaba lo que parecía un cubito de hielo.

—¡Agotada! —Chirigota miró indignada hacia la rata, apenas podía contener las lágrimas mientras le pedía explicaciones. —¡Tú, has sido tú desde el principio! ¡Has secuestrado a mi amiga y la has congelado! Pero, ¿por qué?

Los ojos de Rácana se volvieron tétricos:

—¿No es evidente?, ¿sabes el calor que pasamos aquí abajo, eh?, ¿acaso te haces una idea? No, claro que no, tú eres una gotita de agua fresca ¡Pues aquí nos asamos! ¿Has visto alguna máquina de refrescos o no sé, alguna nevera?

Chirigota, atónita, negaba con la cabeza.

—¿No está claro que necesitamos hielo para nuestras Coca-Colas?, ¿has tomado alguna vez un refresco caliente? ¡A que no! ¿Sabes por qué se llaman así «refrescos»? ¡Porque se supone que refrescan! Calentorros no hay bicho que los beba— continuaba argumentando llena de ira —así que tu amiga y tú, vais a solucionarnos el tema inmediatamente: ¡Cogedla! —ordenó la pérfida.

Todas las ratas se abalanzaron encima de Chirigota quien sin pensar en el miedo, se escurrió entre los malolientes bichos logrando llegar al lado de Agotada, que estaba totalmente helada. Cogiendo impulso, la comandante Chirigota se lanzó contra su amiga empujándola hasta el chorro de aire caliente, que no había dejado de manar un solo minuto, y abrazándola fuertemente, ambas comenzaron a hervir subiendo en el aire, tibias y ligeras, hacia el cielo azul de Madrid, convertidas en un hermoso vapor que las unió a la única nube que había en el firmamento.

Ya despierta del letargo, en su nuevo cuerpo vaporoso, Agotada miró a los ojos de su compañera:

—Chirigota, me has salvado la vida. Eres muy valiente. Gracias.

Pero la otra, ruborizada, se hizo la dura:

—Estamos pasando por encima de casa de Jaime, ¡agárrate!

Chirigota pegó ahora una buena voz que alertó a toda la nube:

—¡Eh, chicas, nosotras nos bajamos aquí! Necesitamos que llováis un poco, ¡*please!*

Se oyeron unas risas e inmediatamente en Madrid tuvo lugar una insólita tormenta de una sola nube que cayó en un solo jardín.

—¡Jo, mamá! Está lloviendo solo en nuestra casa, ¡qué flipe!

—observó Jaime mientras comprobaba el extraordinario suceso recogiendo un par de gotas en la palma de su mano. Él las miró preguntándose de dónde vendría esa agua mientras, no queriendo desperdiciar ni una sola gota, las acercaba al baño para sumarlas a las miles que a esa hora le esperaban ya en su bañera. Una vez allí sólo quiso decir:

—Bienvenidas. Estáis en vuestra casa



# ¿Qué cuento quieres?

María Aroca Hernández-Ros

No llores mi amor, deja de sacar la lenguita para chupar tus lágrimas, son agua, pero no quitan la sed. ¿Quieres que te cuente un cuento? Si es uno que tenga agua que lo moje, a lo mejor se disuelve tu pena, y si está seco, tan seco como un arenal, puede que tus ojos se resequen.

A ver qué puedo contarte. ¿Te gustaría el del copo de nieve que no quiso derretirse, o el del río que no sabía regar los campos? ¿Y el del fantasma que quiso darse un baño de espuma?

Escucha, hay muchas historias de fuentes. La alegre, que siempre reía, pero un día hizo nacer a una princesa tan diminuta, brillante y nacarada que la llamaron *Gotita de agua*. Más adelante, la fuente la convirtió en *Niebla*; la salvaron un burro orejudo y un cuervo charlatán. La presumida, que no quería hacer el sonido del agua al caer, pero sí cantar ópera. La olorosa, de la que manaban pétalos de flor. La cobarde, que no quería dar su agua a los leones. La misteriosa, que aparecía en el desierto, y se iba antes de que alguien consiguiera beber. La malvada, que robaba agua a otras fuentes; la juerguista, que sólo salía de noche...





Está bien, fuentes no. Me imagino que tampoco quieres oír hablar de lluvia. La cariñosa, que no quería mojar a las personas, pero sí dar de beber a las plantas. La maniática, que sólo quería caer en el océano. La cabezona, que trataba de llover en el Sahara, y se evaporaba antes de tocar la arena. La loca, que quería caer hacia arriba...

¿Prefieres el del camello que tenía sed? ¿Y el del niño que no quería beber agua, y se convirtió en un cactus del desierto de Atacama? ¿O el del Pirata Bocanegra? Así llamado porque nunca se lavaba los dientes, matando a los enemigos, y también a los amigos con su mal aliento, fue perseguido por una mofeta, enamorada de su mal olor, y al final, acabo muriendo de un susto la primera vez que se vio en un espejo.

¿Te gusta la magia? Está el del Mago Merlín que encantó una copa, para que cada vez que el rey Arturo bebiera hasta vaciarla, se volviera a llenar de agua. A la muerte del Rey, nadie supo quién se la había quedado, y estuvo desaparecida hasta que siglos después se rompió. La magia no encontraba el borde de la copa, así que el agua manaba de su fondo sin cesar, y el mundo comenzó a inundarse. Unos sabios diseñaron naves, para llevar a otros planetas a los habitantes de la Tierra, antes de que todos se ahogaran; pero otros, consiguieron crear un túnel en el hiperespacio, por el que trasvasar el exceso continuo de agua a otros mundos, que eran tan secos como la blanca Luna o el rojo Marte. Y te contaré como se extendió la humanidad por el Universo.

O tal vez la magia de la niña, que clavó en el tronco de un abedul los ojos de su muñeca, húmedos por el agua de lluvia y cantó:

*Abre los ojos, mira mis manos,  
siente la brisa, oye mi canto.  
Magia del bosque toca este árbol.*

Y el abedul pudo ver con los pequeños ojos azules, y hablar con el roce de sus ramas.

Ya que sigues gimoteando, ¿has probado a llorar debajo del agua? Cuando los pececitos lloriquean sus mamás no se enteran, no les pueden ver las lágrimas, ni oír los gemidos, así es que, ¿quieres que te cuente qué hacen para que se sepa que están tristes y, lo mismo que tú, tener a papá y mamá pendientes de ellos?

Vamos no llores, si tienes sed bebe un vaso de la dulce agua del grifo, no chupes tus amargas lágrimas.



# *Yerbabuena*

José A. Ramírez Lozano

Tino Galera era un tipo imaginativo y soñador. Tino Galera Martínez había nacido en Torales de la Sierra, pero vivía en Madrid.

Torales de la Sierra quedaba al suroeste, allá por tierras de Extremadura, y debía ser un pueblo de otro mundo, a juzgar por lo que Tino les contaba a sus compañeros de la oficina.

Les contaba cosas como aquella de que en su huerto de Torales había un pozo profundo que daba al mar y que la prueba era que el agua estaba salada y que por eso no había que echarles sal a los tomates.

—¡Qué te lo crees tú, anda!... —se burlaban.

Y más cuando lo veían regar su huerto con aquel cuentagotas.

Cuando se vino de Torales a Madrid, por aquello de las oposiciones, Tino Galera no pudo resistir al abandono de la tierra y se trajo su huerto en una caja de zapatos del número cuarenta y dos.

En él tiene sembrado Tino: un naranjo de la China, dos cebollas y una matita de yerbabuena que saca cada mañana al balcón de la oficina y que riega con un cuentagotas.

—¿Y calabazas? —le viene siempre alguno con la guasa. —¿No tienes un par de calabazas para mi señora, Tino?

—No —repara él sin malicia. Pero allá en Torales un año las nubes llovieron calabazas.

—Anda allá. Eso cómo va poder ser. Que no, Tino.

—Que sí —cuenta él. En Torales las nubes pasan muy bajo, más bajo que el campanario de la iglesia. Y claro, un día que los monaguillos tocaban a gloria, se conoce que escupieron alguna pipa de calabaza y se quedó prendida en la nube tan densa. Y claro, al año siguiente cuando la nube volvió a pasar por Torales, era una nube verde, toda hecha de matas de calabaza. Y claro, llovió, llovieron cientos de calabazas.

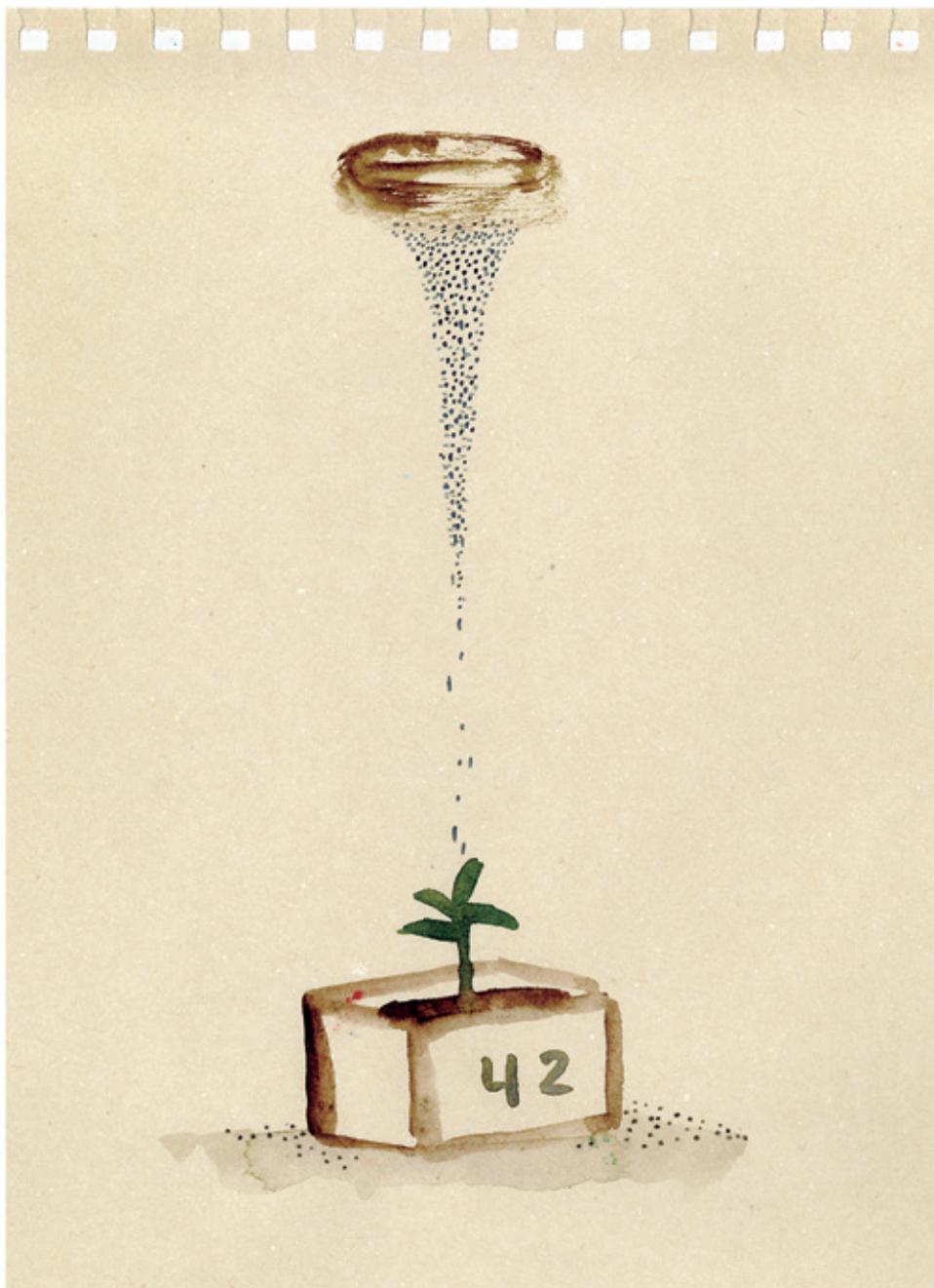
—Boberías —volvían a despreciarlo.

Un día le escondieron el cuentagotas y Tino no pudo regar su huerto. Fue la venganza de los incrédulos.

—¿Esconderlo nosotros? —disimulaban cómplices —¿Y para qué íbamos nosotros a querer un cuentagotas? Riégalo con un vaso.

—Cada cosa tiene su medida —argumentaba Tino. —Y más el agua. Dónde va a parar el mimo de un cuentagotas para un huerto como el mío.

No consentía regarlo. Tino anduvo por las farmacias y no dio con el cuentagotas que quería. Un cuentagotas de cristal como aquel que se había traído del pueblo. Ahora todos eran de un plástico horroroso que un huerto como el suyo no se merecía.



El verano ya estaba encima y no había posibilidad de que fuera a consolarlo la lluvia. Los compañeros disfrutaban con su desesperación. La de Tino les parecía una angustia ridícula.

—Si serás tonto, Tino. Mira que la manía.

Hasta que una mañana de mediados de junio lo vieron entrar contento. Salía de la terraza con los zapatos embarrados, unos zapatos del cuarenta y dos, y el jefe le preguntó que de dónde venía.

—¿De dónde quiere usted que venga? —le soltó de lo más natural. —Del huerto.

Entonces se asomaron todos a la ventana y vieron una nube lloviéndole al huerto. Una nube pequeñita que llovía con el mimo de una esponja. Y eso que hacía un calor horroroso y el cielo estaba despejado.

A partir de aquel día no volvieron a burlarse ya de Tino y hubo siempre yerbabuena para todos.

# *El truco de los grifos*

Rut de las Heras Bretín

No podía remediarlo, más bien, no quería remediarlo; por lo menos una vez a la semana allí estaba, en el despacho del jefe de estudios. A Olif no le daba miedo, le caía bien. Es verdad que en ocasiones le notaba harto de la situación y veía que podía tomar una decisión más drástica, pero nunca lo hacía, parecía como si en el fondo le comprendiera. Este era otro día más en el que llamaban a su madre para notificarle su mal comportamiento y ella iba a recogerle. Cuando llegaba siempre igual, el psicólogo, el jefe de estudios, su madre y en ocasiones su tutor, preguntándole lo mismo, siempre lo mismo, una y otra vez, se lo sabrían de memoria. El psicólogo no le caía bien y Santi, su tutor, tampoco, era el profe de gimnasia y siempre encargaba a alguien hacer los ejemplos, él nunca se movía.

—Olif, ¿por qué lo haces?

—No lo sé.

—¿Te comportas así en casa?



—Nooooo... ya lo he dicho...

—¿Sabes que el agua cuesta?

—...

Contestaba mecánicamente, a veces se entretenía contando los coches que pasaban por el trocito de calle que se veía desde la ventana de aquel despacho, o con el mapamundi de la pared, miraba su país. Desde que llegaron no había vuelto a ver nada tan verde, «este país es amarillo» le decía la señora que limpiaba su portal y que tampoco era de aquí. Otras veces, la mayoría, miraba a su madre, sentada en la misma silla, con la cabeza gacha, entre triste y avergonzada, no enfadada, más bien resignada y

sin saber qué hacer ante la misma situación semana tras semana. Olif no la quería ver así, pero necesitaba verla y por eso lo hacía, porque sabía que si pedía permiso para ir al servicio y allí abrían todos los grifos, antes o después alguien le descubriría y llamarían a su madre y podría verla antes de la salida. Lo hacía sobre todo si la había oído llorar la noche anterior, no sabía por qué lloraba, «cosas de mayores» le decía; no sabía por qué había tenido que salir de su país, «cosas de mayores» repetía, la respuesta siempre era la misma: «cosas de mayores»; pero bien que aprovechaba para recordarle que ya era mayor cuando tenía que hacerse cargo de su hermano.

Después de la charla de rigor, su madre le cogía de la mano y salían del colegio, no hablaban, no le regañaba, simplemente lo dejaba pasar. Olif sabía que no le gustaba, pero no lo podía remediar, no lo quería remediar, los días que ocurría comía con mamá y se pasaba la tarde con ella y eso era lo que buscaba.

Una mañana, Santi, su tutor, entró en clase interrumpiendo a «la *teacher*», «Os presentó a Abbe», dijo y Olif sintió un tremendo alivio, «ya no sería el nuevo» pensó. Santi les dijo que le ayudaran que hablaba mal español y que lo entendía si le hablaban despacio; después salió y dejó allí a Abbe. «La *teacher*» le dijo que se sentara en su silla hasta que le habilitaran un pupitre, allí estaba, de frente a todos pero sin mirarles; exactamente lo mismo que hizo Olif su primer día, y sus compañeros también hicieron lo mismo. Ya estaban esos dos estúpidos cuchicheando. Marta, que se pasaba las clases dibujando, tardó cinco minutos en hacerle una caricatura, como tenía el pelo muy rizado parecía que le había puesto una escarola en la cabeza. Cuando acabó la clase de inglés, «la *teacher*»

le dijo que ahora le traerían un pupitre, en cuanto salió de clase, casi todos se levantaron y rodearon a Abbe. Empezaron a hacerle mil preguntas:

—«¿Cómo dices que te llamas?, ¿de dónde eres?, ¿por qué vienes ahora?, ¿nos entiendes?»

Algún listillo le hablaba alto y lento, haciendo el tonto más que intentando explicarse, otros se lo preguntaban en inglés: «¿*güats yur neim?*» y todos se reían. Abbe sólo dijo su nombre, con los ojos muy abiertos. A Olif le llamaba la atención lo blanco que se le veía el blanco de los ojos, se lo dijo a Carlos, su compañero: «¡tío!, que blanco tiene los ojos», y le contestó: «¡claro!, porque es negro». Cuando Abbe dijo su nombre todos empezaron a repetirlo:

—Ave.

—Ave.

—Se llama como un pájaro.

—O como un tren.

—¡Jajajajajaja!

—Ave, vas a Sevilla.

—¡No, no! va a Barcelona.

—¡Jajajajajaja!

—Va al Camp Nou.

—¡Es mejor el Bernabéu!

Unos cuantos le dejaron en paz y empezaron a discutir sobre fútbol. Abbe volvió a repetir su nombre despacio: «A, B, B, E» hizo mucho hincapié en pronunciar la doble «b»; Olif pensó que lo tenía crudo, por lo menos de su nombre no se rieron y sabían pronunciarlo desde el principio.

El curso siguió, Olif con sus cosas, Abbe con las suyas; poco a poco iba entendiendo más. Olif decidió no relacionarse mucho con él, lo que le faltaba: «los dos nuevos juntos».

Un día, durante el recreo Abbe se acercó a Olif y le preguntó dónde se iba los días que su madre iba a buscarle y no le dejaban venir a clase; que él también quería irse. Olif vio en él un aliado, pensó que también se habría tenido que ir de su país por «cosas de mayores»; le contó qué es lo que hacía.

El día que necesitaba ver a su madre, que quería estar con ella, en algún momento de la mañana pedía permiso para ir al servicio, a veces no lo conseguía a la primera, pero insistía para que creyeran que no podía aguantar, ya en el baño abría al máximo todos los grifos de los lavabos y los dejaba así, entonces volvía a clase y enseguida llegaba el jefe de estudios para llevarle a su despacho y llamar a su madre. Cuando empezó a hacerlo costó que se enteraran que era él el que dejaba el agua corriendo, incluso tardaban en enterarse de que los grifos estaban abiertos. La segunda vez que lo hizo no se dieron cuenta hasta la hora del recreo, cuando todos fueron al baño y se lo encontraron inundado. Ahora ya era automático, en seguida le descubrían y llamaban a su madre. ¡Misión cumplida!

Según contaba esto, Abbe iba abriendo los ojos más; Olif pensaba que de admiración, pero cuando acabó, Abbe exclamó en un clarísimo español: «¡das asco tío!»; ese tipo de expresiones se aprenden rápido.

—¿Qué dices? —dijo Olif.

—Que si sabes lo que cuesta el agua.

—No empieces tú también. ¡Qué sabrás tú lo que cuesta el agua!

—Mucho.

—¡Ah!, ¿sí?, ¿cuánto, cuánto?

—Tres horas de ida y tres de vuelta.

—¿Qué dices?

—No sabes nada

—Sé más que tú. Has sido tú el que me has preguntado. Además, ¿qué te importa lo que haga?, no molesto a nadie.

—¡Ojalá un día no salga agua de los grifos!

—¡Sí hombre! Como si el agua se gastara.

—En mi país el agua no se gasta porque no hay, ¡imbécil! con lágrimas en los ojos Abbe se fue.

Olif fue detrás y le cogió de la camiseta, Abbe le dio un manotazo para que le dejara en paz y se enzarzaron en una pelea. «La *teacher*» estaba cuidando el patio y se acercó corriendo y gritando: «*Stop!, stop!*». Cuando les separó, Olif dijo: «me ha llamado imbécil», «*Be quiet!*» dijo «la *teacher*» y cogiéndolos del brazo les dejó en una clase vacía mientras avisaba a Santi y al jefe de estudios. No se dirigieron la palabra, ni se miraron, Olif contó nueve coches metalizados y tres blancos. Cuando llegaron el tutor y el jefe de estudios, preguntaron qué había pasado y Olif repitió: «me ha llamado imbécil». Abbe agachó la cabeza, «no sabéis nada» masculló. Después de media hora hablando sobre su comportamiento intolerable—que en lugar de unirse y ayudarse se peleaban—Santi salió para llamar a sus madres, Olif intuyó que Abbe tampoco debía de saber mucho de su padre. Al volver a quedarse solos, Olif dijo:

—Gracias, por lo menos veré a mi madre y hoy no lo tenía preparado.

—¿De verdad que haces eso que me has dicho de los grifos?

—dijo Abbe

—Pues claro, pero a ti ¿qué bicho te ha picado? —preguntó Olif.

—Ninguno, pero he visto muchos... una vez estuve a punto de pisar un escorpión de camino a la fuente —contestó Abbe.

—¿De qué fuente hablas?, ¿qué dices?

Entonces Abbe empezó a contarle cómo eran los días de ir a por agua en su pueblo, en el que no tenían grifos. Olif no se po-



día imaginar que eso fuera verdad, preguntó que cómo eran las bañeras sin grifo y Abbe dijo: «¿ves como no sabes nada!», «!No tenemos bañeras!» y siguió contando. Se levantaban mucho antes de amanecer, cogían los cubos, garrafas y botellas y ponían rumbo al pueblo más cercano con fuente. Por lo menos dos horas de noche, veían amanecer por el camino. Lo de ir a por agua era tarea de los niños mayores. «¡Un momento!, ¿mayores?» interrumpió Olif, «Sí, mayores» contestó Abbe, mayores porque van solos por la noche, han de saber orientarse y tienen que tener fuerza para volver cargados. Lo peor es la vuelta, bajo el sol y con todos los litros que puedas cargar para sólo ir a la fuente un día sí y otro



no. Así que Abbe no podía entender cómo se le había ocurrido a Olif esa idea de dejar el agua correr y perderla, era lo peor que había oído en su vida.

Olif le escuchaba como si de una película de aventuras se tratase, entretenido con eso de andar varias horas en la oscuridad con la posibilidad de pisar escorpiones y avergonzado por lo que estaba oyendo y porque no se podía imaginar que estuviera haciendo daño a nadie. Cuando acabó le preguntó que si él sabía lo que eran «cosas de mayores»; Abbe le miró con cara rara, «¿cosas de mayores?, no sé de qué hablas; ¿pero en tu casa, no te consideran ya mayor para hacer “cosas de mayores”?» repitió Olif, «¡que no sé qué son esas cosas que dices!» se desesperaba Abbe.

Mientras se encontraban intentando solucionar ese dilema y a qué se referirían cuando hablaban de «cosas de mayores» volvió Santi para decirles que en media hora llegarían sus madres y que ellos mismos les contarían lo que había ocurrido. Cuando acabó de decir esto, Olif se dirigió a su tutor y dijo:

—Santi, no volveré a dejar los grifos abiertos —se giró y le tendió la mano a Abbe.



# *El señor del agua*

Alber Sabanoglu Segura

El agua fluía dulce, pacífica entre jardines y campos, entre huertas y vergeles.

Un hombre que vivía en una casa cerca de aquel río, al ver un día que no había nadie alrededor, pensó que todo aquello era suyo. «A partir de ahora» dijo, «cualquiera que se sirva del agua que pasa en frente de mi casa tendrá que pagarme por ello». Y se fue a la cama encantado por su brillante idea.

Al día siguiente, vio que los peces que pasaban por allí seguían la corriente sin hacerle caso. Recogió rocas enormes y construyó una presa que paró la corriente, convirtió el río en lago. Los peces murieron. Al hombre no le importó.

La presa no paró a los pájaros, que bebían del agua y se alejaban rápidamente volando antes de que el hombre pudiera cogerlos para hacerlos pagar. Se le ocurrió montar una red que cubriera todo el lago. Los pájaros nunca volvieron.

Pero no conseguía dormir tranquilo. Pensaba que mientras él no mirara, algún pequeño podría colarse por la red o que alguno grande podría romperla.

Trabajando duro días y días, erigió un gran muro de piedra al lado del agua.

Se preparaba a descansar cuando observó que el agua encontraba pequeños caminos para fluir hacia los campos vecinos. Empleó todas sus fuerzas restantes para secar uno por uno aquellos caminos. Cuando acabó, admiró su obra. «Ahora ya nadie podrá acercarse al agua sin mi consentimiento» dijo.

Aquella noche hubo una gran tormenta. El agua, confinada y ahogada, subió y subió hasta derrumbar con gran fuerza el muro e inundó todo lo que había en los alrededores. Del hombre y de su casa no quedó ni rastro. Donde el agua había inundado, crecieron jardines y campos, huertas y vergeles.





EDITA  
Fundación Canal

COORDINACIÓN  
Fundación Canal  
This Side Up

ILUSTRACIONES  
Patricia Metola

DISEÑO  
Bruno Lara

MAQUETA  
María Montero Sierra

IMPRESIÓN  
Crutomen

© de la edición: Fundación Canal, 2013  
© de los textos: sus autores  
© de las imágenes: Patricia Metola

Fundación Canal  
Mateo Inurria, 2  
28036 Madrid  
Tel: +34 91 545 15 01

[www.fundacioncanal.com](http://www.fundacioncanal.com)



FUNDACIÓN CANAL  
Canal de Isabel II



Mateo Inurria, 2. 28036 Madrid  
[www.fundacioncanal.com](http://www.fundacioncanal.com)